

ahora? Después una explosión: ¡se ha hecho pedazos la popa! Nada, un chubasco. ¡Ah, al fin se podrá dormir! Pero á través de la ventanilla aparece una ligera claridad. Despunta el alba. ¡Maldición! ¡Aún quedan cinco días!



XV

EL MUERTO

AÚN quedan cinco días! Esta era la exclamación de todos aquella mañana, y parecían más largos los cinco días que quedaban que los diecisiete transcurridos. Porque hay que observar que, en virtud de no sé qué ley de inercia psíquica, el lento crecimiento del tedio y cansancio general seguía latente aun en los intervalos de tiempo sereno y de buen humor, cesando los cuales cada uno sentía agravada su odiosa carga á proporción del tiempo transcurrido, sin la más pequeña disminución de peso, como si ya fuésemos á estar siempre fastidiados. Y aquel 18.º día se presentaba mal. Nubes negras y grises pasaban en todas direcciones sobre el mar, el cual por una parte tenía color de aceite agitado y por otra parecía ceniza mojada,

y aquí y allá manchas de negruzco betún que se hinchaban ó se sumergían.

A proa y á popa se formaban muchos corrillos, y circulaba una noticia: durante la noche había muerto el viejo labrador piamontés enfermo de pulmonía. El acta de defunción había sido extendida y firmada por dos testigos al rayar el día en la cámara del capitán y con la correspondiente certificación del médico. Este suceso, aunque se comprendiese que no era raro entre tanta gente en estos largos viajes, despertó una inquieta tristeza, como si fuese una amenaza para todos. El médico fué detenido en el puente por las señoras, que querían saber pormenores, y los contó con su tranquila cara de Nicotera amansado. Había sido una escena dolorosa. El viejo, antes de morir, había querido ver á la señorita de Mestre para entregarle el poco dinero que tenía y sus papeles, y decirle que los remitiese á su hijo.

Pero había tenido una agonía desesperada. El capellán no había conseguido hacerle aceptar la muerte con resignación. En la mirada que dirigía á los enfermeros y en torno suyo, en aquel extraño hospital, se veía una angustia inmensa y un pueril miedo á morir allí, en medio del Océano, á no tener sepultura... y se agarraba con las dos manos al brazo de la señorita, no diciendo mas que: — *¡Oh, mi hijo, mi pobre*

hijo!—sacudiendo la cabeza en actitud de desesperación infinita. Después de muerto, se había quedado con la cara contraída y con expresión de espanto, é inundado de lágrimas todavía. A la señorita la habían querido llevar sobre cubierta, y á duras penas pudieron llevarla hasta la popa.

*
* *

Me fui á proa. Había allí la agitación que se observa por la mañana en una plaza donde se ha cometido un delito la noche antes: había corrillos en los que se hablaba mucho del asunto, sobre todo por las mujeres, que, bajo la máscara de la tristeza, manifestaban el placer de tener un hecho extraordinario que comentar; y sentían también lo que se experimenta siempre al saberse una muerte: un mayor apego á la vida. Se discurría sobre la sepultura, cuándo se haría, de qué modo, por qué lado lo arrojarían al agua, y si de pie ó de cabeza. Y hacían las suposiciones más estrambóticas: que lo echarían desnudo y con una bala de cañón atada al cuello; que lo tirarían al mar metido en una caja embreada para preservarlo de los peces, como estaba prescrito por la ley. Al-

gunos decían que habían visto ya acercarse al barco algunos peces, atraídos por el olor del cadáver, y otros miraban al mar para verlo. Mucha gente se agolpaba á la puerta de la enfermería para subir á visitar al muerto; pero un marinero puesto de guardia impedía el paso. Entretanto, sobre el castillo de proa en medio de su acostumbrado círculo, el viejo del gabán verde hacía una oración imprecatoria, agitando el índice hacia arriba.—¡Uno menos!...

—Adelante...

—La carne de los pobres se arroja á los peces. Aquel, por supuesto, estaba condenado á muerte desde el primer día. ¡Ya lo sospeché yo; no lo alimentaban!

Decía que, en vez de buen caldo, le daban agua de fregar, y que lo habían dejado morir sin ponerle una almohada bajo la cabeza. Y ya se susurró por la noche cierto rumor, que él insinuaba, de que no fuese aquella la primera muerte que hubiera ocurrido durante el viaje; pero que á los otros les habrían podido tener escondidos y después arrojarlos al mar, á media noche, por la parte de popa.—Pero tiene que venir—decía en voz alta—el día del juicio.

Y él y su auditorio me miraban fijamente, haciéndome renunciar á seguir oyendo, por lo que me fuí á saber noticias del pequeño Galileo.

*
**

Encontré á la puerta de la cámara de segunda al padre sentado sobre una maleta, con uno de los chicos sobre la rodilla y la pipa en la boea.—*El pequeño está bién*—me dijo con su acostumbrada cara risueña. Después dirigiendo la vista hacia el viejo del castillo de proa, cuya voz llegaba hasta allí, me dijo en voz baja:—*Ese está chiflado.*

Luego añadió:—*Lo que es yo, desde el momento en que voy al nuevo mundo, ¿qué me importan las cosas del mundo viejo?*

Esta pregunta era como un sondeo que él hacía para ver si yo era un señor intratable ó uno de aquellos con los que se puede alternar. Pero sin que le respondiese mas que con un movimiento de cabeza, me pareció que mi cara le inspiraba confianza porque, dando un salto, dijo con franqueza:

—En cuanto á mí, dispéñeme, pero creo un disparate el que tantos señores se burlen de América y digan que se mueren todos de hambre, que vuelven más desesperados que antes, que hay peste, que los gobiernos son despóticos todos y traidores, y que sé yo cuántas cosas

más. ¿Qué sucede entonces? Sucede que cuando después, llega una carta de allá en la que dice que está bueno, y que prospera, no se cree ya nada de lo que dicen los señores, ni aun lo que sea verdad, y sospechan que habrá todavía engaño y que será siempre la verdad lo contrario de lo que ellos digan. Yo dije que tenía razón y que si no se hubiese dicho más que la verdad, quizás hubiesen partido menos.

—¿Y usted va con buenas esperanzas?—le pregunté.

—Yo—respondió—*yo razono de esta suerte.* Peor que estaba no puedo estar. Todo lo más que me puede suceder es que sufra allí el hambre como la sufro en casa. *¿Digo bien?*

Después, volviendo á llenar la pipa, continuó:

—*No emigre, no emigre,* me decía el señor Careti (¿quién sería este señor Careti?); usted hace mal, usted hace mal. Me decía que cada emigrante que se va tira á la calle un capital de cuatrocientos francos. Tú vas á consumir y á producir fuera, y así haces daño á tu país. Me decía también que no debía lamentarme de las tasas, por que si las tasas son fuertes, tanto más trabaja el labrador y, por consiguiente tanto más produce.—Yo no sé nada de estas cosas—le respondí.—Sé que reviento trabajando y que no gano bastante para mi mujer y para mí. Emigro para ganar más. Allí me aconsejaban

que esperara; que yo ganaría trabajando en la Cerdeña, ó en las marismas ó en el saneamiento del campo romano; y que el gobierno estaba resuelto á mejorar la condición de la Agricultura. Pero, *interin,* no se come...

Animado por mi asentimiento, alargó la conversación y comenzó á exponer las ideas generales que todo hombre del pueblo tiene, más ó menos confusas, en la cabeza, acerca de lo mal que andan las cosas; se gasta todo en mantener soldados, muchas armas y cañones y barcos y nadie piensa en el pobre pueblo; las cosas de siempre; pero que no parecen nunca tan verdaderas y tristes como cuando se oye decir á uno que siente los efectos de la propia miseria y á los que no se les puede dar ningún consuelo, ni siquiera de palabra. Y así lo pensaba yo mientras que él me decía que después de un día de trabajo no encontraba sobre la mesa mas que una triste sopa de cebolla, y que por la noche se despertaba con hambre, no atreviéndose á comer por no quitar el pan á sus hijos, que ya lo tenían escaso.

Pensaba entonces de qué me habrían servido todas las mejores razones que le hubieran ocurrido á mi inteligencia de necesidades históricas, de sacrificios del presente al porvenir y de dignidad nacional. La sociedad que, en nombre de esas cosas, le exigía tantos sa-

crificios, no le había enseñado, sin embargo, á comprenderlas y me hubiera parecido que, al decirlas, insultaba su miseria. Y le estaba oyendo con aquel aire casi avergonzado, con el que siempre escuchamos todas las quejas de las clases pobres, convencidos de una gran injusticia á la que no encontramos nada que objetar en nuestra inteligencia, y de la cual todos, vagamente, sentimos que nos remuerde la conciencia, como por una culpa heredada.

—¡Ah no!—dijo meneando la cabeza.—*Tal como el mundo está ahora, es esta una cosa que no puede durar: es mucha la gente á quien le va mal.*—Y me habló de las miserias que veía en torno suyo, de las lamentables historias que oía á proa: y oyéndolas le parecía que él no era tan desgraciado. Había quien no había comido un pedazo de carne hacía muchos años; otros que hacía tiempo no llevaban camisa mas que los días de fiesta; que no habían descansado jamás sus huesos sobre una cama, y sin embargo, habían trabajado siempre inclinándose hacia la tierra. Había quienes, hechos los gastos del viaje, llegarían á América con un duro en el bolsillo, y que todos los días dejaban aparte, en un saco, un poco de galleta para tener algo que comer en tierra, y no tener que empezar pidiendo limosna si no encontraban trabajo los primeros días. Conocía á más de uno que, para

no llegar á América descalzo, tenía atado alrededor del pie con un hilo de bramante aquel único par de zapatos, hecho pedazos, que le quedaba y se los ponía sobre la cabeza por las noches para que no se los robasen.—*Y oiga—añadió—los hay que han pasado tan mala vida, que van ya demasiado tarde y van á morir á América.*—Me señaló á un labrador de unos cuarenta años, sentado cerca de él con la cabeza descubierta y sudosa, apoyada entre las descarnadas manos y temblando. Tenía una fiebre, que no le remitía nunca, cogida en los arrozales, y no le paraba nada en el estómago. Una noche (no debía saberlo nadie) él le había sujetado cuando quería arrojarse al mar y tenía ya medio cuerpo fuera; y desde entonces su mujer no lo pierde nunca de vista: una desgraciada que daba más compasión que él:—*¡Mírela usted cómo está!*

Y decía todo esto con tristeza, pero sin acrimonia; no por consideración á mí, sino por aquella confusa conciencia, común á muchos entre el pueblo, y derivada en parte de la idea religiosa y en parte de la propia intuición de que la miseria de la mayoría no es mas que otro efecto de una ley del mundo, como la muerte y el dolor una condición necesaria de la existencia del género humano, que ningún sistema social podría cambiar radicalmente.

—Basta—concluyó guardando la pipa en el bolsillo y poniendo las manos sobre la cabeza de su niño.—¡Que el Señor me dé suerte! ¡Si en América encontrara, al menos, la buena gente que he encontrado aquí á bordo! Porque, oiga, señor; si aquella pobre enferma no va á la gloria, es que no entra allí nadie. Les lleva la comida á las amas, les da besos á los pobres, les regala ropa blanca á los que no la tienen, y es la bendición de todos. ¡Y luego dicen que el mundo es tan malo!—¡Voy en seguida!—gritó dirigiéndose al camarote.—*Con permiso, señor; mi mujer me llama.*

*
**

De repente empezaron á caer del cielo gruesas gotas como granos de uva, y poco después una lluvia torrencial copiosísima que cubrió todo de un velo como si el barco hubiese entrado dentro de una nube. Una turba de pasajeros invadió en tropel el sitio cubierto donde yo me encontraba, y, echándome para atrás unos diez pasos, me arrojó á un sitio oscuro de donde no podía salir, á un estrecho círculo de hombres con chaquetas mojadas, con un olor muy fuerte á pobreza y miseria. Y allí ocurrió una es-

cena digna de contarse. Habían transcurrido apenas diez minutos cuando un movimiento de multitud apretada y una explosión de risas y de silbidos me hicieron comprender que se había promovido una riña; y, levantándome sobre la punta de los pies, ví una mano por el aire que caía con movimiento rápido y regular, como un mazo, sobre una cabeza invisible.—¿Quién es? ¿Qué ocurre?—Todos daban voces, y no se comprendía nada: acudieron dos marineros, llegó el comisario, y los contendientes fueron separados y llevados fuera, entre murmullos.

Suponiendo que irían á la *prevención*, ya también corrí hacia allá, cortando por la cocina de los de tercera; y, llegando en el momento en que entraban, me admiré mucho al ver que los dos detenidos eran el padre de la genovesa, ciego de cólera, y el escribanillo de Módena, pálido, sin sombrero, con una cara que era un verdadero recibo de pescozones. Un cortejo de caras risueñas los seguía. Los detenidos entraron en el camarote del comisario: la comitiva se agolpó á la puerta.

Lo sucedido fué lo siguiente. Al empezar el aguacero, el escribano se había refugiado con otros en el sitio cubierto y había permanecido encerrado allí, en prensa, con los demás, como sardinas en banasta.